

Artículos	Página
Editorial: Yo Pensaba pero Dios Dice	1
Nuestro Dios Insondable, pte 2	2
Moisés, Hombre de Dios, pte. 3	4
Las Ambiciones de Pablo	6
La Profecía Bíblica, pte 1	7
La Pascua en Egipto	9
"Soy del Señor" (Himno)	12

Editorial: Yo Pensaba; Pero Dios Dice

Jim Brown

En Romanos 12:2 se utilizan dos palabras: «conformados» y «transformados». Se desaconseja lo primero y se anima lo segundo. Obsérvese también que, en ambos casos, la voz pasiva «ser» sugiere que es necesario un agente externo para ayudar a los creyentes a llevar a cabo estas instrucciones, lo que requiere una concesión o una rendición a esos agentes. En ambos casos, la Palabra de Dios, impresa en nosotros por el Espíritu de Dios, son los dos agentes externos que permitirán que nuestra voluntad sea alterada y, por lo tanto, alineada correctamente con la voluntad de Dios. La renovación de nuestras mentes es un ejercicio diario continuo en el que cada uno de nosotros debe estar dispuesto a participar. Aunque la palabra «arrepentimiento» no se utiliza en este versículo, queda claramente indicada por las frases «no os conforméis» y «sed transformados».

La frase «Así dice el Señor» aparece más de 400 veces en el Antiguo Testamento. Era necesario que los profetas distinguieran las palabras de Dios de sus propias palabras para dar un poder y una autoridad absolutos al mensaje que transmitían. El Señor nos dice en Isaías 55:8-9 que sus pensamientos y sus caminos no son como los nuestros, y no solo ligeramente, sino por un margen enorme. No es un error ni una coincidencia que Él haga esta declaración inmediatamente después de un llamado al arrepentimiento en el versículo 7 (que el impío abandone su camino y el hombre inicuo sus pensamientos), lo cual conduciría a un resultado positivo: el perdón. Un hombre que necesitaba perdón se había conformado a todas las cosas naturales, es decir, al pecado, y a la actitud errónea del mundo hacia

Dios. Mientras ese hombre se aferrara a sus propios caminos y pensamientos, excluyendo los de Dios, no recibiría el perdón por el pecado. Permanecería esclavo de los principios de arrogancia mencionados en Proverbios 16:2 y 21:2.

Dos hombres de las Escrituras, el capitán Naamán, que dudaba de Dios en cuanto a cómo sería curado de la lepra en 2 Reyes 5:11, y Pablo, que reflexionaba sobre sus días de inconversión, cuando pensaba muchas cosas contrarias a Jesús de Nazaret en Hechos 26:9, se ven entreteniendo pensamientos erróneos. Ambos hombres dijeron: «Yo pensaba», y de inmediato se encontraron en terreno resbaladizo. ¿Y nosotros? A primera vista, podríamos decir que pensaban mal porque estaban en una posición errónea con respecto a la salvación cuando pensaban así. Es lógico. No eran creyentes, por lo que, naturalmente, tenían pensamientos erróneos. Pero ¿qué hay de nosotros? ¿Es posible que nos deleitemos al escuchar la predicación del evangelio que señala cómo algunos en la audiencia, aún no convertidos, tropiezan con la simplicidad del evangelio de Jesucristo, mientras que nosotros, los que somos salvos, podríamos estar igualmente tambaleando en cuanto a la devoción a Cristo, a honrar a Dios viviendo vidas piadosas y separadas, o a malinterpretar los principios de la asamblea y una serie de otras cosas que nos mantendrían en una posición mucho mejor si tan solo nos importara lo suficiente como para buscar y permitir la ayuda de Dios? Con total transparencia, muchos de nosotros debemos admitir que tal vez hayamos pensado de una manera sobre cierta doctrina o incluso sobre un tema de Romanos 14 con respecto a cosas que difieren, solo para descubrir que nos habíamos

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:

Verdadesparanuestrosdias.com

equivocado por completo y necesitábamos que nuestras mentes fueran renovadas, ajustadas, incluso reprimidas para permitir que Dios nos mostrara lo que era realmente correcto. Un hermano mayor me dijo una vez: «Ten cuidado. Una convicción *firmemente* arraigada no garantiza que sea correcta». ¡Qué decir de aquellos maravillosos bereanos de Hechos 17:11! «Recibieron la palabra con toda disposición y examinaban cada día las Escrituras para ver si las cosas eran así». Todos podemos hacer lo mismo, permitiendo que nuestras mentes se renueven cada día, pero eso implica trabajo; un trabajo cuidadoso, habitual y duro.

«Reflexioné sobre mis caminos y volví mis pasos hacia tus testimonios» (Salmo 119:59). El mismo hombre que escribió esas palabras también escribió: «Examínate, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos, y ve si hay en mí algún camino malo, y guíame por el camino eterno» (Salmo 139:23-24). ¡Qué gran actitud! Cualquiera que lea esto, especialmente el escritor, podría unirse a los pensamientos del rey David y desear que esa fuera siempre nuestra forma de actuar y nuestra actitud hacia las cosas de Dios y hacia nosotros mismos durante todo el día, todos los días. La revisión de nuestros pensamientos es lo que nos hace crecer en Cristo. Esto nos produce alegría y también complace el corazón de Dios. Por el contrario, insistir en nuestros propios pensamientos erróneos solo puede estancarnos espiritualmente, posiblemente amargarnos si los demás no están de acuerdo con nosotros y, sí, incluso hacernos naufragar. Que Dios nos encuentre a cada uno de nosotros dejando que un «así dice el Señor» cancele todos nuestros «pensamientos yoístas».

Nuestro Dios Insondable, pte 2

C. Jones (Gales)

La Pasión de Dios es Incomprensible

Amor que sobrepasa todo conocimiento, Ef. 3:19
El amor de Dios no puede entenderse ni apreciarse intentando compararlo con el amor humano, que, en el mejor de los casos, es maravilloso. El amor de Dios no es provocado por ninguna cualidad o característica que podamos tener. Dios, que es santo, nos ama a pesar de saber exactamente lo que somos. «Todos han pecado», Rom. 3.23, y sin embargo fuimos amados con un amor infinito, «incluso cuando estábamos muertos

en pecados», Ef. 2.4,5, y leemos que «Dios muestra su amor hacia nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros», Rom. 5.8. La fuente y la causa del amor de Dios está en Él mismo y no puede ser comprendida, entendida ni descrita.

Leemos acerca del «amor de Cristo, que sobrepasa todo conocimiento», Ef. 3:19. La soberanía de Dios se revela en su amor, Dt. 7:7, 8. Su amor es eterno e inmutable, y nada puede separarnos jamás de ese amor, Rom. 8:38, 39. Dios amó al mundo, Jn. 3.16; el Señor Jesucristo «amó a la iglesia y se entregó por ella», Ef. 5.25, y cada creyente puede regocijarse y descansar al conocer el amor de Dios y puede decir: «el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí», Gál. 2.20.

Se nos manda amar a Dios y amarnos unos a otros, Mc. 12:30, 31; Jn. 15:17. Hacer esto es evidencia de que el Espíritu Santo mora en nosotros, 1 Jn. 2:5, y la medida en que mostramos este amor a nuestros hermanos en la fe revelará nuestro amor por Dios, 1 Jn. 4:11, 12; 5:1. El Señor dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos», Jn. 14.15, y «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros», Jn. 13.34,35.

Don Inefable, 2 Cor. 9.15

En 2 Corintios, capítulo 9, Pablo escribió acerca de las ofrendas de los creyentes. Dios ama al que da con alegría, 2 Corintios 9:7. Todo lo que un creyente da a los demás proviene de lo que Dios le ha dado al creyente. Dios «nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos» (1 Timoteo 6:17). Él nos da «todo lo que pertenece a la vida y a la piedad» (2 Pedro 1:3) y «promesas grandísimas y preciosas» (2 Pedro 1:4). La verdad es que «todo don bueno y todo don perfecto» viene de Dios (Santiago 1:17).

Pablo cierra el capítulo 9 de 2 Corintios presentándonos el don supremo, el mayor don de todos, que es el de Dios de su Hijo unigénito, el Señor Jesucristo. Tan grande es este don que está más allá de nuestra capacidad de expresar y describir su maravilla y su valor. Él escribe: «Gracias sean dadas a Dios por su don inefable» (2 Corintios 9:15). Sabiendo que Dios nos ha dado un don que está más allá de toda descripción, podemos decir: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Romanos 8:32).

Dios nos ha dado a su amado Hijo, y aquellos de nosotros que hemos sido salvados por gracia mediante la fe en Él «nos regocijamos con gozo inefable y glorioso» (1 Pedro 1:8). Este gozo es profundo y no depende de las circunstancias externas, que cambian continuamente.

Palabras indecibles, 2 Corintios 12:4

Cuando Pablo fue arrebatado al cielo, oyó allí palabras que entendió, pero que no se le permitió repetir en la tierra. Lo que oyó era demasiado sagrado y santo para ser pronunciado en la tierra, pero lo que vio y oyó tuvo un profundo efecto en su vida y en su servicio al Señor.

Juicios insondables, Romanos 11:33

La doxología con la que termina el capítulo 11 de Romanos alaba, magnifica y glorifica a Dios. Pablo escribió: «¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!», Rom. 11:33. Dios es infinito, omnisciente, supremo en poder, sabiduría y conocimiento, y el cumplimiento de todos sus planes y propósitos es inevitable. Dios será glorificado y los creyentes y toda la creación serán bendecidos. Dios dice: «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son Mis caminos... Porque como los cielos son más altos que la tierra, así son Mis caminos más altos que vuestros caminos, y Mis pensamientos más que vuestros pensamientos» (Isaías 55:8-9).

Capaz de Hacer Mucho Más Abundantemente, Efes. 3:20

Estas palabras dan la impresión de que Pablo está llevando el lenguaje humano al límite para transmitir lo que Dios puede hacer y hará, para su gloria y nuestra bendición eterna. ¡Dios es verdaderamente «capaz de hacer mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos»! Ef. 3:20. Dios tiene infinitamente más y mejores bendiciones que otorgarnos de las que nuestras esperanzas y aspiraciones pueden alcanzar, y más de lo que podemos pensar o imaginar. Se nos dice que «todo es posible para Dios» (Mateo 19:26) y que «mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo» (1 Juan 4:4).

El Señor «puede también salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que vive para siempre para interceder por ellos» Hebreos 7:25. Dios proporciona una salvación completa. Él salva del castigo y la culpa del pecado (Efesios 2:8); del poder del pecado (Romanos 6:14) y, en última instancia, cuando nos lleve para estar con Él para siempre, seremos salvados de la presencia del pecado (1 Juan 3:2).

Pablo escribió: «Él es poderoso para guardar lo que le he encomendado hasta aquel día», 2 Timoteo 1:12. En esta declaración, Pablo reveló su completa confianza en el Dios que conocía, amaba y servía. Su fe, como la de todo creyente que confía completamente en Dios, glorificaba a Dios.

Dios es «capaz de hacer que toda gracia abunde hacia vosotros, para que, teniendo siempre en todas las cosas toda suficiencia, abundéis en toda buena obra», 2 Corintios 9:8. Dios nos colma de gracia y pone en nosotros el deseo de hacer buenas obras, Efesios 2:10.

Él nos proporcionará todo lo que necesitamos para hacer Su voluntad.

El Señor «puede socorrer a los que son tentados» (Hebreos 2:18). El Señor, que no pecó ni pudo pecar (2 Corintios 5:21; 1 Pedro 2:22; 1 Juan 3:5), sabía lo que era ser tentado por Satanás. Tenemos que resistir las tentaciones, pero no había nada en el Señor que respondiera a las tentaciones (Juan 14:30). Sin embargo, el Señor, siendo santo, sufrió cuando se le presentaron pruebas y «por cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados» (Hebreos 2:18), y «no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15).

El Señor «puede someter todas las cosas a sí mismo» (Filipenses 3:21). Tal es el poder de Dios que un día dará a los creyentes un cuerpo transformado que no se verá afectado por el envejecimiento, el dolor o la muerte. Estaremos con Él para siempre. Su poder someterá todas las cosas para que su perfecta voluntad se haga en toda la creación.

Dios es «capaz de guardaros sin caída y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran gozo» (Judas 24). Si nos valemos del poder del Espíritu Santo que mora en cada creyente (1 Corintios 6:19), seremos guardados del pecado. Un día, debido a la eficacia eterna de la obra consumada en la cruz del Señor Jesucristo, seremos presentados ante su gloriosa presencia con gran gozo.

El estudio y la meditación de las verdades presentadas a los creyentes en la Palabra de Dios producirán sentimientos inexpresables de asombro y admiración, y de amor y gratitud hacia Dios. Reflexionar sobre estas verdades eternas nos llevará a apreciar más la maravilla de Dios y la preeminencia y suficiencia del Señor Jesucristo. Todos los pensamientos que surjan de tal meditación estimularán un deseo cada vez mayor de adorar, alabar y servir a Dios de acuerdo con su perfecta voluntad.

David, un hombre según el corazón de Dios, Hechos 13:22, escribió el Salmo 139. Escribió sobre el Dios todopoderoso que conocía y amaba. David reveló su cercanía a Dios y su conciencia de la presencia constante del Dios eterno. Su conocimiento de Dios y de la majestad trascendente de Dios abrumó a David, y el salmo transmite los sentimientos de asombro y maravilla que David experimentó cuando meditó en Dios. La reverencia debida a Su nombre impregna el salmo. El temor reverencial de David hacia el Dios todopoderoso, omnisciente y omnipresente hizo que David, el hombre que había matado a un león, un oso y a Goliat, 1 Samuel 17:36; 21:9, se inclinara en adoración, sumisión completa y alegre y adoración.

La adoración a Dios es tanto un privilegio como una responsabilidad, y es la actividad más elevada y maravillosa en la que puede participar un creyente.

Nuestra adoración a Dios depende de nuestro aprecio por Él. Dios es insondable y solo puede ser comprendido y apreciado de forma muy limitada por las mentes humanas finitas, a pesar de que nos ha bendecido revelándose graciosamente en Su Palabra escrita y en y a través del Señor Jesucristo. Dios debe ser adorado, y «los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre busca a tales adoradores» (Jn 4:23). A medida que, por gracia, aprendemos más y más acerca de Dios y le servimos de maneras aceptables para Él, entonces nuestra adoración, guiada por el Espíritu Santo y ofrecida en y a través del nombre del Señor Jesucristo, se elevará a alturas que nunca hubiéramos creído posibles. Bien podríamos decir: «Bendice, alma mía, al Señor, y todo lo que hay en mí bendiga su santo nombre» (Sal. 103:1).

Moisés: Hombre de Dios, pte 3

Alan Davidson

Moisés y la Sangre del Cordero

«Por la fe celebró la Pascua y roció la sangre, para que no tocara a los primogénitos el que destruía a los primogénitos» (Hebreos 11:28). El objetivo de este libro no es detallar las plagas de Egipto que solo afectaron a los egipcios. La cita anterior muestra que esta última plaga (Éxodo 12:13) también afectó a la congregación de Israel en sus casas, ya que se refugiaron detrás del dintel rociado con sangre. Fue una confirmación temprana para Moisés e Israel de que Dios lo había levantado para ser el libertador de su pueblo y el líder del pueblo de Dios fuera de Egipto.

Dios envió a Moisés diciendo: «Ve tú y los ancianos de Israel (no se trataba de otra misión en solitario de Moisés) al rey de Egipto, y le diréis: El Señor, Dios de los hebreos, se ha encontrado con nosotros; ahora, te rogamos que nos dejes ir tres días hacia el desierto» (Éxodo 3:18).

Se dieron tres razones:

1. «Para que me sirvan» —Servicio—. No podemos servir a Dios en Egipto (el mundo) mezclándonos, vistiéndonos como ellos y volviéndonos como los mundanos.
2. «Celebrar una fiesta»: comunión. No podemos servir si no estamos cerca de Dios. La comunión con Dios requiere un camino limpio de separación.

3. «Hacer servicio»: adoración. No hay fragancia en medio del hedor de Egipto. El pueblo de Dios en Egipto estaba demasiado ocupado ayudando a construir ciudades para el faraón.

El faraón dijo que sirvieran a Dios, pero que se quedaran en Egipto (Éxodo 8:25). Quédate y ayuda. Un evangelio social que atrae a los mundanos no es coherente con el reproche de Cristo y la cruz.

El faraón dijo que fueran a hacer sacrificios, pero que no se alejaran mucho (Éxodo 8:28). Dios dijo: «tres días de camino». El Evangelio declara: Cristo murió... fue sepultado... resucitó al tercer día, como también se testifica en el bautismo.

El faraón dijo que fueran a servir al Señor, pero que solo fueran los hombres y dejaran a sus pequeños (Éxodo 10:7). Algunos han salido por Dios y han regresado por causa de su esposa y su familia. La primera prueba de Moisés ya había sido en el ámbito doméstico (Éxodo 4:24-26).

El faraón dijo: «Quedarán vuestros rebaños y vuestras manadas» (Éxodo 10:24). No podemos servir a Dios con un pie en la asamblea el día del Señor y comerciar como los injustos, de lunes a sábado. «¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión tiene la luz con las tinieblas?» (2 Corintios 6:14).

De hecho, los egipcios odiaban los rebaños de Israel, envidiaban el aumento del pueblo y temían su poder. Después de las plagas y la muerte de los primogénitos, el faraón y todos sus siervos y todos los egipcios se levantaron en la noche con un gran clamor diciendo: «Salid; [...] id a servir al Señor [...] tomad vuestros rebaños y vuestras manadas [...] y marchaos» (Éxodo 12:31-32). «El Señor dio al pueblo favor ante los ojos de los egipcios, de modo que les concedieron (respondieron a su petición, no prestaron ni tomaron prestado como en la A.V.) lo que pedían» (Éxodo 12:36). Egipto estaba dispuesto a ayudarles en su partida y no esperaba volver a verlos. Los descendientes de Jacob bajaron a Egipto como una familia, se convirtieron en una «congregación» y salieron de Egipto después de 430 años, no como esclavos, sino como conquistadores llamados «las huestes del Señor» (Éxodo 12:41). Dios recibió toda la gloria. «En tu misericordia has guiado al pueblo que has redimido» (Éxodo 15:13). Para Israel, este comienzo de los meses, el primer mes del año, comenzaba con la fiesta de la Pascua, el dintel rociado con sangre y el cordero sacrificado.

La Pascua era:

UNA PROCLAMACIÓN DE LIBERACIÓN; de la esclavitud, la amargura y la oscuridad egipcias. Habría sido más fácil para Moisés si la multitud mixta (Éxodo 12:38) y los murmuradores (Éxodo 17:3) hubieran aprendido esta verdad.

UNA PRESENTACIÓN de un MEMORIAL.
«Como señal en tu mano y como memorial entre tus

ojos, para que la ley del Señor esté en tu boca, porque con mano fuerte te sacó el Señor de Egipto» (Éxodo 13:9). Debía observarse anualmente. La cena del Señor debe observarse semanalmente. Él dijo: «Acuérdate de mí». ¿Somos propensos a olvidar como lo hizo Israel?

UNA PREPARACIÓN PARA LA PARTIDA.

«Así lo comeréis: con vuestros lomos ceñidos, vuestros zapatos en vuestros pies y vuestro bastón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente: es la Pascua del Señor» (Éxodo 12:11). Nuestra vestimenta y nuestro comportamiento deben indicar claramente que somos un pueblo que se va y que no se conforma a este mundo.

EL RETIRAR LA LEVADURA. La levadura es el poder creciente y expansivo del mal, de aquello que era visto con buenos ojos en Egipto.

Un PRIVILEGIO de la CONGREGACIÓN.

«Habla a toda la congregación de Israel... tomarán... un cordero por casa» (Éxodo 12:3). Se sacrificaron muchos miles de corderos. La expresión «vuestro cordero será sin defecto» (Éxodo 12:5) nos recuerda que somos redimidos «con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin defecto y sin mancha» (1 Pedro 1:19).

UNA PROVISIÓN PARA EL CAMINO. Este fue el día crucial de la liberación, el comienzo de los meses, tal como Dios le prometió a Moisés. Ya no eran habitantes de Egipto, sino peregrinos en camino hacia «una tierra buena y espaciosa» (Éxodo 3:8). Ya no eran esclavos en los hornos de ladrillos, sino soldados en avance hacia Canaán. «Y sucedió que aquel mismo día el Señor sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto por sus ejércitos» (Éxodo 12:51).

También eran cantantes, y al terminar con Egipto y cruzar el Mar Rojo, cantaron la primera canción registrada en la Biblia. «Entonces cantaron Moisés y los hijos de Israel este cántico al Señor, y dijeron: Cantaré al Señor, porque se ha glorificado grandemente; ha arrojado al mar al caballo y a su jinete. El Señor es mi fortaleza y mi cántico, y se ha convertido en mi salvación» (Éxodo 15:1-2).

La última canción registrada en la Biblia es en el cielo, junto al mar de cristal. «Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos» (Apocalipsis 15:3).

Esto continúa la armoniosa concordancia del canto de redención en el cielo que celebra la victoria sobre un enemigo más fuerte que el faraón, a través de la sangre del Cordero. Es el canto de la victoria sobre la bestia y sobre su imagen, y sobre el número de su nombre. Esta es la consumación de los acontecimientos ordenados durante las siete últimas plagas que conducen a la segunda venida de Cristo en gloria. Él es el Cordero que fue inmolado, digno de

recibir la adoración y la alabanza de todos los pueblos, mientras continúan cantando «el cántico de Moisés, siervo de Dios» (Apocalipsis 15:3).

Moisés y Los Libros

«Y comenzando desde Moisés y todos los profetas, les explicaba en todas las Escrituras lo que se refería a él» (Lucas 24:27). El libro del Génesis, junto con los otros cuatro libros del Pentateuco (la Ley), fue inspirado divinamente por la mano de Moisés. Esto lo verifica el mismo Señor (Lucas 5:14; 16:29; 20:37; 24:44). Estos libros contienen una vasta extensión de enseñanzas que van mucho más allá del alcance limitado de estos documentos.

El versículo inicial del Génesis, «En el principio Dios» (Génesis 1:1), da comienzo a la revelación inspirada de Dios. Moisés conoció a Dios cara a cara. En la Ley, registró las normas sagradas de Dios. El Éxodo narra la redención de Egipto, pero también trata de la redención para Dios. Los primeros escritos de Moisés nos dan la base de las hermosas verdades del Evangelio, la completa ruina del hombre en el pecado, y describen la provisión perfecta de Dios en Cristo.

Las lecciones aprendidas en el Sinaí cuando se dio la Ley fueron:

La majestad de Dios: cuando los truenos, los relámpagos y las nubes ocultaron todo lo que había debajo (Éxodo 19:16-19).

La espiritualidad de Dios: «No tendrás otros dioses delante de mí. No te harás imagen ni ninguna semejanza de lo que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra» (Éxodo 20:3-4).

La santidad de Dios: Juan Bautista dijo: «La ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo» (Juan 1:17). Pablo escribe: «La ley fue nuestro maestro (guardián) para llevarnos a Cristo» (Gálatas 3:24).

Las comunidades que han abandonado las normas de la ley moral de lealtad a Dios se han vuelto crueles y ofensivas para los hombres.

Al predicar el Evangelio, nunca debemos confundir los principios de la Ley y la Gracia. La Ley no debe separarse de sus solemnes y inmutables exigencias, y la Gracia no debe ser despojada de su cálido atractivo. Las santas exigencias de Dios deben mantenerse si se quiere satisfacer la necesidad eterna del pecador. Cumplir la Ley no puede salvar. La ley revela nuestro pecado y nuestra transgresión. Nuestra necesidad se satisface en nuestro Señor Jesucristo: «Él fue herido por nuestras transgresiones» (Isaías 53:5).

Moisés y la Construcción

«Y el Señor habló a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel... Y que me hagan un santuario, para que yo pueda morar entre ellos» (Éxodo 25:1-2, 8). Moisés fue levantado por Dios para sacar a su pueblo de Egipto.

En los capítulos 1-18 del Éxodo, vemos lo que Dios es para su pueblo. La redención de Egipto fue su gran privilegio. En los capítulos 19-40 del Éxodo, aprendemos lo que su pueblo significa para Dios. Entrar en la presencia de Dios era su responsabilidad. En el Sinaí, Dios le dio a Moisés el pacto legal, la norma de Dios, la ley. También le dio el modelo para construir el tabernáculo, el santuario de Dios.

El candelabro, la mesa y los panes de la proposición hablan de Cristo. Detrás del segundo velo, el Lugar Santísimo, estaba el Arca del Pacto que contenía las Tablas del Pacto, la Ley (Hebreos 9:1-4). Este era el lugar donde se conservaba la Ley, que prefiguraba a Cristo: «El Señor se complace en su justicia, magnificará la ley y la hará honorable» (Isaías 42:21; Mateo 5:17).

El altar de bronce era el lugar donde se presentaba el sacrificio, que hablaba del Calvario: «No por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez en el lugar santo, habiendo obtenido eterna redención para nosotros» (Hebreos 9:12).

El santuario era el lugar donde Dios se reunía con su pueblo. Moisés escribió sobre la majestuosa obra de la creación de Dios en dos capítulos del Génesis. Cuando Dios le dio el modelo de su casa, se registra en veintidós capítulos del Éxodo: «La gloria del Señor llenó el tabernáculo» (Éxodo 40:35). El lugar donde Dios se reúne con su pueblo es ahora la asamblea local: «La casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad» (1 Timoteo 3:15).

El tabernáculo era el lugar de la preeminencia de Dios en medio de su pueblo. En el orden de los vasos sagrados, tal y como se le dio el modelo a Moisés, el arca de madera de acacia recubierta de oro puro se entregó en primer lugar (Éxodo 25:10). Sobre el arca se colocaba el propiciatorio, sobre el cual se extendían las alas de los querubines (Éxodo 25:17-22). La lección es: «Tus testimonios son muy seguros; la santidad es digna de tu casa, oh Jehová, para siempre» (Salmo 93:5). «El juicio debe comenzar por la casa de Dios» (1 Pedro 4:17). No debemos acercarnos a la presencia de Dios sin reverencia; es decir, no de cualquier manera. No debemos llegar tarde a la reunión; es decir, no a cualquier hora. No se trata de legalidad, sino de dignidad, comportamiento y vestimenta esenciales; no de cualquier apariencia.

Moisés pasó cuarenta días en el monte con Dios. Fue un tiempo de prueba para el pueblo que estaba abajo. La carne no puede comprender lo que significa pasar tiempo con Dios. Mientras Moisés recibía los preceptos de la Ley y el modelo del tabernáculo, el pueblo fabricaba un becerro de oro. Se apartaron de lo espiritual para volcarse en lo tangible. Había quienes pensaban que los ídolos eran «dioses» que los habían sacado de Egipto. No es de extrañar

que estas fueran las personas que pronto quisieron volver a Egipto. En lugar de utilizar el oro para la construcción del tabernáculo, lo utilizaron para fabricar un becerro de oro. Trajeron el modelo de Egipto. ¿Cómo estamos empleando nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestro esfuerzo? ¿Qué estamos construyendo?

Las Ambiciones de Pablo

Philotimeomai

G. C. Willis (Tesoros ocultos encontrados en el Nuevo Testamento griego)

El apóstol Pablo habla de tres ambiciones. ¡Ojalá tú y yo supiéramos más sobre cada una de ellas en nuestra vida cotidiana!

En Romanos 15:19-20, Pablo escribe: «Desde Jerusalén y por los alrededores hasta Ilírico, he predicado plenamente el evangelio de Cristo. Sí, así he procurado predicar el evangelio, no donde Cristo ya era conocido, para no edificar sobre el fundamento ajeno». Primero debemos preguntarnos: «¿Dónde está Ilírico?». No leemos nada al respecto en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. Nunca se menciona en los viajes misioneros del apóstol en los Hechos de los Apóstoles. No es una ciudad, sino una gran zona, una provincia al noroeste de la provincia de Macedonia. Es casi equivalente a Dalmacia, donde fue Tito durante el último encarcelamiento de Pablo (2 Timoteo 4:10). La encontrarás en el mapa, más o menos frente a Roma, al otro lado del Adriático. Esto nos da una idea de la extensión de la labor de Pablo.

Pero se preguntarán: «¿Qué tiene esto que ver con la ambición de Pablo?». Pues bien, la palabra traducida como «así he luchado» es *philotimoumenon*, que literalmente significa «amar el honor», de ahí «ser ambicioso». Pablo dijo que era «ambicioso por predicar el evangelio de Cristo, no donde Cristo ya era conocido». ¡Cuán pocos son los que tienen tal ambición! Esta ambición conlleva casi con toda seguridad dificultades y peligros: significa compartir algunos de los sufrimientos que Pablo describe en 2 Corintios 11. Léalos usted mismo, y a menos que el amor de Cristo obre poderosamente en su corazón, le quitará el tipo de ambición que tenía Pablo. Es fácil encontrar excusas. Se podría decir: «No debemos ir a donde se nos priva del privilegio de recordar al Señor con otros santos». O «Estamos llamados a predicar la separación, no el evangelio». O «Creo que puedo ser más útil asistiendo a una conferencia que yendo a algún lugar lejos de las reuniones». Y así siguen las excusas. Pero rara vez

oímos hablar de quienes comparten la ambición de Pablo y, lamentablemente, la mayoría de nosotros sabemos muy poco al respecto.

La siguiente ambición que Pablo describe se encuentra en 2 Corintios 5:9: «Somos ambiciosos, para que, ya sea que estemos presentes (con el Señor) o ausentes (lejos del Señor), seamos agradables a Él». Qué ambición más hermosa para todo verdadero cristiano: ser «agradable» al Señor, ya sea en la vida o en la muerte. La ambición mundana ha causado la ruina de multitudes de soldados y siervos del Señor. A *nuestro* alrededor vemos a amados santos de Dios cuyas vidas proclaman su ambición por las riquezas, el honor, la comodidad, el aprendizaje o la fama. Vemos a Demas, que amaba este mundo presente, y a Diótrefes, que amaba la preeminencia. Y sus descendientes están con nosotros hoy en día. Pero qué raro es encontrar a un hombre cuyas ambiciones en la vida sean predicar el evangelio donde no se conoce a Cristo y, ya sea en la vida o en la muerte, ser agradable a Él. Oh, que estas dos ambiciones sean mías y tuyas, mi amado lector; que nuestro amor sea por el evangelio, donde no se nombra a Cristo, y que siempre, y para siempre, seamos agradables a Él.

La tercera ambición de la que habla Pablo se encuentra en 1 Tesalonicenses 4:10-11. El apóstol exhorta a sus amados hermanos de Tesalónica a «esforzarse por vivir en paz, ocuparse de sus propios asuntos y trabajar con sus propias manos». Me temo que, lamentablemente, la mayoría del pueblo del Señor hoy en día ama el honor de trabajar con la cabeza en una posición limpia y honorable, en lugar de ensuciarse las manos con el trabajo duro. Olvidan que su Maestro trabajó con sus propias manos hasta los treinta años de edad. Olvidan que Aquel que les exhortó a esta ambición podía extender Sus manos y decir: «Sí, vosotros mismos sabéis que estas manos han proveído a mis necesidades y a las de los que estaban conmigo». Esas manos probablemente estaban gastadas y callosas de hacer tiendas. Y recordemos sus palabras: «Os ruego que seáis imitadores (miméticos: mimetes, siempre en buen sentido en el Nuevo Testamento) de mí» (1 Corintios 4:16). Y a los mismos santos a quienes exhortó a ser ambiciosos por ser tranquilos y trabajar con sus propias manos, en las mismas epístolas escribió: «Os hicisteis imitadores (miméticos) nuestros y del Señor». (1 Tesalonicenses 1:7, véase también 2:14). Y en la segunda epístola, cap. 3:7-9, leemos: «Vosotros sabéis cómo debéis imitarnos (mimarnos)... nosotros... nos damos a nosotros mismos como ejemplo para que nos imitéis (miméis)». (Traducción de JND).

Que Dios nos ayude a aprender las lecciones que nos enseñarían las ambiciones de Pablo:

Ser ambiciosos para predicar el evangelio donde no se conoce a Cristo.

Ambiciosos, ya sea en la vida o en la muerte, de ser agradables al Señor.

Ambiciosos por ser tranquilos, ocuparnos de nuestros propios asuntos y trabajar con nuestras propias manos.

La Profecía Bíblica (1)

Santiago Walmsley

Se ha calculado que son proféticos tres quintos de la Biblia, y que nueve décimos de las profecías se concentran en el 'fin del siglo'. (Esto representa un 50% de la Biblia) El espíritu de los profetas, cada uno ministrando para necesidades locales y actuales de su pueblo y de su época, se proyecta hacia los últimos tiempos. De esta manera los cuadros locales y acontecimientos de aquellos tiempos vuelan para enfocar, en la mayoría de sus profecías, el fin del siglo. El ojo ungido del creyente obediente puede así discernir descripciones de los eventos del tiempo del fin. Los profetas profetizaban sobre Egipto, Babilonia y Tiro, anunciando juicios que todavía no se han cumplido totalmente, aun cuando parece que hayan tenido alguna medida de cumplimiento. Describen para nosotros Palestina y Jerusalén, y desarrollan particularidades acerca de la grandeza comercial, la conducta social y la importancia política que serán propias de aquellas naciones que circunciden la cuna de la raza en los países al extremo oriental del Mediterráneo.

Creación, Providencia y Redención

Es esencial comprender que las grandiosas obras de Dios, tan inmensas, diversas e intrincadas se relacionan con tres esferas distintas: Creación, Providencia y Redención. En la esfera material creada por Dios, Él gobierna las ordenanzas de los cielos y de la tierra. En la esfera de Providencia y gobierno moral, Dios dirige de una manera aparentemente indirecta, pero mantiene dividida en naciones la raza de Sus criaturas entre las cuales Él impera a pesar del pecado y de las actividades de Satanás. Estas dos esferas constituyen la base para la esfera mayor que es la de la Redención, eterna en la consumación de sus objetivos, cuyas verdades se proclaman por el Evangelio. Con respecto a los eventos del tiempo del

fin nos interesará mayormente el desenlace de la Providencia y gobierno moral.

La predicación de Pablo en Atenas, Hechos 17, introduce las tres esferas de Gobierno Divino que llenan las Escrituras, resumiendo en forma sencilla y con claridad el concepto de cada una. Dijo: “El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas... Él es quien da a todos vida y alimento y todas las cosas. En esta corta declaración Dios es el Creador y Soberano absoluto de la esfera material.”

Pablo siguió diciendo: “...Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación.” Esto introduce la esfera moral en la cual Dios es el Autor de las naciones, y Gobernador de su levantamiento y su caída, y Soberano de su destino.

La obra de la Redención, de la cual Cristo es el centro, se resalta en las palabras: “Pero Dios, ahora manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel Varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos”

DIOS, Rey de los siglos, Inmortal, Invisible, el Único y Sabio Dios

Dios, que creó cada una de estas tres esferas, gobierna en todas ellas, según los principios de cada una. En la esfera de la Creación nos relacionamos con cosas y los procesos que las afectan, pero en la esfera de la Providencia sus leyes disciplinan nuestras relaciones con personas y grupos de personas. Las actividades injustas y la conducta sin freno darán su pago, aunque no tan prontamente en toda instancia, a aquellos que optan por desconocer las leyes morales. El mundo es de Dios, no del hombre, y aunque el hombre pueda determinar sus acciones no puede dominar cual serán los resultados de sus acciones. El hombre o la nación que piensa que puede engañar a Dios en la esfera moral es un imbécil moral. Las operaciones de Dios en Su universo moral deja al hombre completamente impotente para evitar las consecuencias. Pero Dios puede, mediante la aplicación de principios de rango superior aplazar, reducir o, en algunos casos, aparentemente suspender aquellas consecuencias.

El pueblo de Malta tenía un concepto parcial de Dios como Dios solamente de venganzas. Es necesario considerar no solamente la nube oscura sino también el arco de misericordia y la diversidad de sus colores. Aunque Dios vengará las injusticias, no es siempre, en todo, solamente Dios de venganza, como tampoco es en todo, solamente Dios de misericordia. Su carácter perfecto es una mezcla armoniosa y combinación

perfecta de todas y cada una de sus características. Esta perfección se expresó en el Señor Jesús quien es Dios manifestado en carne. Él se caracterizó por firmeza sin dureza, ternura sin predilección, amor sin sentimentalismo, precisión sin rutina, consideración sin compromiso, simpatía sin indulgencia, cumplimiento sin apuro, celo ardiente sin crueldad, aborrecimiento del pecado sin aborrecer al pecador, censura sin rencor, y mil virtudes más sin los defectos correspondientes. Todas las virtudes combinadas son la gloria del Dios incambiable y se han visto en la faz de Jesucristo.

Muchos, como Israel, han confundido Su longanimidad con tolerancia, Sus avisos con amenazas, Su perdón con indulgencia, Su juicio con hostilidad, etc., y han llegado a tener un concepto distorsionado de Dios. Han pasado por alto el hecho que sin tolerar el pecado, Dios es paciente para con el pecador, avisándole a tiempo de su peligro a fin de que se arrepienta, y está dispuesto a perdonarle siempre y cuando es genuino su arrepentimiento. Dios es un ser moral, Dios de principios, que no se cambia, cuyo gobierno se desenvuelve en consonancia con las cualidades incambiables de Su aborrecimiento de pecado y castigo de toda maldad. Con todo, se halla que la Providencia inflexible encubre Su bondad, puesto que, en todo, Su gobierno moral opera para el cumplimiento de Sus propósitos de redención. La responsabilidad del ser humano es prestar atención y estar dispuesto a ajustar sus pensamientos a la luz de la revelación dada por Dios.

Israel, y las Naciones

Cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel, Deuteronomio 32:8.

Descubriremos el origen de las naciones en el libro del Génesis capítulo 10, donde se encuentran los nombres de las familias que representan las tres ramas de la raza humana. Parece por la repetición, vs.5, 20, 31, que cada FAMILIA tenía su LENGUA y su TIERRA y llegó así a ser una NACIÓN. “Estas son las familias de los hijos de Noé por sus descendencias, en sus naciones; y de éstos se esparcieron las naciones en la tierra después del diluvio”, v.32. Este capítulo interesante cuenta el origen de cincuenta y ocho naciones básicas, a las cuales Dios más tarde agregó la nación de Israel, desarrollada milagrosamente de Abraham, Génesis 12:1-3, los Moabitas y los Amonitas, descendientes de Lot, los Ismaelitas, y los Edomitas, Génesis 19:37,38, Salmo 83:6, Génesis 21:18 y 25:12-18, 36:1-43. Dios llevó los descendientes de Jafet a las partes nortes de la tierra, los descendientes de Cam a los continentes al sur, y los de Sem a la zona central. Israel recibió la corona de las tierras en el centro de todo, después que Dios desarrolló aquella nación de Abraham.

“El Dios de la Gloria apareció a Abraham, estando él en Mesopotamia... y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré... pero le prometió que se la daría en posesión, y a su descendencia después de él”, Hechos 7:2-5.

En el mismo día Dios le hizo una promesa incondicional a Abraham, diciendo: “Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré”. No ha sido abrogado el principio que el antisemitismo será castigado. La historia antigua como la moderna provee ejemplos de la permanencia de este principio. En los tiempos de la reina Ester, los proyectos de Amán demostraron que antagonismo contra el Judío es como un bumerang, pues todo volvió con una fuerza increíble sobre su propia cabeza.

La pieza clave de todas las profecías es el pueblo de Israel. Posiblemente tendremos que dar la media vuelta, como lo hizo el apóstol Juan, Apocalipsis 1, y no fijarnos ni en Washington ni en Bruselas, sino en la ciudad de Jerusalén. “Pondré a Jerusalén por piedra pesada a todos los pueblos; todos los que se la cargaren serán despedazados, bien que todas las naciones de la tierra se juntarán contra ella.” Zacarías 12:3.

Imperios – (1) Babel

Nimrod, —Rebeldell, representa la tercera generación después del diluvio, y el comienzo de su reino fue Babel. Su reino comprendía las ciudades de Erec, Acad, Calne, Nínive, Rehobot, Cala y Resén, la cual era una ciudad grande. Es la primera referencia a un —reinoll en la historia del ser humano y este hecho da credibilidad a la traducción de Spurrell, reconocida por su erudición, que cambia la expresión “el primer poderoso”, Génesis 10:8, por “déspota”, y cambia “vigoroso cazador” por “tirano despótico”. Nimrod fue el primer potentado en la tierra, aprovechando los términos del pacto hecho con Noé que daba al hombre el derecho a gobernar, Génesis 9:5,6. Sin duda, ambicionaba dominar en la tierra, y para ello aprovechaba las normas de la idolatría que le representaba como teniendo atributos divinos, (Página 32-37)[1] “El Centauro —Sagitario”, el arquero, entre los signos del zodiaco que originó en Babilonia, le representa. (Página 42,43)[1]. Su éxito está atestiguado por el hecho que sucesivos emperadores, especialmente los romanos, usaban títulos divinos. Lo que tenía especial importancia fue la torre que identificaba Babel, el comienzo del reino de Nimrod. Obviamente la torre tenía una importancia como centro religioso. Ese centro de idolatría cayó bajo el juicio de Dios, pero la raza, ya dividida en naciones, cada cual según su lengua, llevaba consigo los conceptos básicos de la idolatría, tal como fueron creadas y propagadas en Babel.

Es indudable que en los siglos primitivos se conocía el nombre Semíramis. La adoración de la Madre y el Niño se extendió hasta los términos de la

tierra. En Egipto, se conocieron como Isis y Horo; en India, como Isi e Iswara; en Asia, como Cibeles y Zeus; en Roma pagana, como Fortuna y Júpiter; en Grecia, como Ceres o Irene y Plutón.

En Tibet, China y el Japón los misioneros jesuitas se sorprendieron al hallar que esos pueblos adoraban la contraparte de la Madonna y el hijo. La Madre original fue Semíramis, adorada por los Babilonios y otras naciones orientales bajo el nombre Rea, la diosa —Madrell. (Páginas 19-22)[1] Romanos capítulo 1:21-32 da el desarrollo apostata de la idolatría, marcando los pasos importantes del proceso, desde el tiempo cuando el ser humano —conoció a Diosll hasta cuando —no aprobó tener en cuenta a Diosll con el resultado que fue entregado a una mente sin criterio (reprobada). Su complacencia fue practicar cosas que no le convenían y que traerán juicio de parte de Dios. Hoy por hoy, el criterio de los que promueven los conceptos de la “Nueva Era” coincide exactamente con este proceso. No pueden tolerar que se den las gracias a Dios, ni que se tome en cuenta, y moralmente ellos van por el mismo despeñadero que traerá sobre las naciones el juicio de Dios, Hechos 17:30,31, Mateo 25:31- 46, Joel 3:9-15.

[1] Los números corresponden a las páginas del libro —Las Dos Babiloniasll, cuarta edición, por Alexander Hislop. Su obra se basa en el testimonio de doscientas setenta y cuatro fuentes de información, comenzando con Valerius Maximus, publicado en Venecia en 1505, y recogidas de lugares tan diversos como Londres, Roma, París, Amsterdam, Dublín, Bonn, Bruselas, Bassano, Ginebra, Bratislava, Bombay, etc. Su obra, con 61 ilustraciones, comprueba que todas las religiones idolátricas del mundo han surgido de una fuente común que originó en Babilonia en los tiempos de Nimrod, pero con adaptaciones culturales particulares de cada pueblo. Nunca han sido negadas sus aseveraciones.

(Continuación)

La Pascua en Egipto

Éxodo 12.

C. H. Mackintosh.

La Pascua celebrada en Egipto es el conocido tipo de Cristo que aparta de su pueblo el juicio que recae sobre los impíos. El ángel destructor pasó por la tierra de Egipto y hirió a los primogénitos de cada casa. Israel escapó por la muerte del cordero, y solo por eso. La sangre rociada en los postes de las puertas le indicaba al destructor que la sentencia de muerte ya se

había ejecutado, por lo que pasó de largo. Por lo tanto, la sangre distinguía las casas de los israelitas de las de los egipcios. Esta era la gran distinción. Cuando se trataba de una cuestión de vida o muerte, la sangre, y solo la sangre, fijaba la línea de demarcación: «Cuando vea la sangre, pasaré de largo». Este era el registro de Dios, presentado para la obediencia de la fe. La sangre estaba fuera, e Israel estaba dentro, por lo que no podían ver la sangre, ni era necesario. Todo lo que se necesitaba era una simple fe en el registro de Dios, y cuanto más simple era la fe, más plena era su paz. Era su privilegio comer el cordero dentro de sus casas con el corazón tranquilo, mientras el destructor pasaba con la espada desenvainada, infligiendo un terrible juicio a todos los que no estaban protegidos bajo la sangre.

¡Qué sencillo es esto! ¡Qué impactante! ¡Cuánto aprendemos de ello! Entre la gran masa de profesiones que nos rodea hay dos clases: los que han recibido la salvación de Dios en la obra consumada de Cristo y los que, rechazándolo, se basan en las múltiples formas de religión falsa o defectuosa que abundan en la cristiandad. El camino de salvación de Dios es sencillo, tan sencillo como completo: «Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo» (Romanos 10:9). Cristo es la salvación de Dios y, además, es la valoración que Dios hace de Cristo la que constituye la base de la paz del creyente. Es muy necesario comprender claramente este último punto. Hay muchos que sufren no poco al fijarse en su fe, en lugar de fijarse en el objeto de la fe; de hecho, al convertir inconscientemente su fe en una especie de salvador. Ahora bien, la fe es solo la mano, por así decirlo, que se apodera del don de Dios, del mismo modo que la mano de un hombre hambriento toma el pan que se le ofrece y lo lleva a su boca. Si aparto mi mirada de Cristo y comienzo a examinar la cantidad de mi fe, necesariamente decaeré, porque Él es el único en quien puede descansar la mirada del pecador. La fe genuina nunca se mira a sí misma, sino solo a Jesús. Un israelita fiel no habría pensado en salir a mirar el dintel de su puerta, ni en examinar la cantidad de su fe. No; simplemente descansaba en el hecho que se le presentaba en aquellas preciosas palabras: «Cuando vea la sangre, pasaré de largo». No se dijo: «Cuando vea vuestros lomos ceñidos, vuestros pies calzados, vuestro pan sin levadura, pasaré de largo». Estas cosas eran muy necesarias, sí, esenciales, pero no para salvar de la espada del destructor. Para hacer frente a esto, nada podía servir salvo la sangre del cordero.

Es bueno que mi lector tenga clara la distinción entre el fundamento de la paz y lo que es la fuente de la santidad y la devoción en su vida diaria; en otras palabras, que comprenda la distinción entre la obra de Cristo por nosotros y la obra del Espíritu en nosotros. Lo primero se ilustra con la sangre en el dintel exterior;

lo segundo, con las acciones de los israelitas en el interior. Cuando alguien, por gracia, recibe a Cristo en la eficacia divina de su obra consumada, es introducido en una posición en la que Dios puede dirigirse a él en cuanto a su conducta; se convierte en objeto del cuidado y la disciplina paternos. Pero entonces debe tener cuidado de no confundir la cuestión de su caminar con el fundamento de su paz perfecta y profunda en la presencia de Dios. Estoy convencido de que muchos sufren de esta manera; no comprenden la plenitud de Cristo para ellos y su completitud eterna en Él, junto con el juicio definitivo de Dios sobre ellos. Ahora bien, mientras haya alguna oscuridad o incertidumbre al respecto, no puede haber paz de conciencia ni ningún fundamento inteligente para la actividad cristiana. Todo se referirá a la cuestión de la paz, en lugar de a la gloria de Cristo, que debería ser nuestro objetivo, y que será nuestro objetivo en la medida en que entremos en la realidad divina de lo que somos en Cristo a través de la gracia infinita de Dios. Cuanto más nos demos cuenta de la verdad de que todo ha sido cumplido por Cristo para el establecimiento perfecto de nuestra paz en relación con la santidad de Dios, más veremos cuán fútil es todo pensamiento acerca de nosotros mismos. Una pregunta sobre la paz de los creyentes es, en realidad, una pregunta sobre la realización de la obra de Cristo. Si tocas una, tocas la otra, porque «Cristo es nuestra paz». Él es «el mismo ayer, hoy y por los siglos». Y no solo es el mismo siempre, sino que la valoración que Dios hace de Él, y también de nosotros en Él, es también la misma: «Vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad». «Como él es, así somos nosotros en este mundo». «En quien nos ha hecho aceptos en el Amado». «No ha visto iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel» (Núm. 23:21). No es que la iniquidad y la perversidad no estén allí, porque «si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros». No nos daría ninguna paz que nos dijeran que el pueblo del Señor no tiene perversidad en sí mismo, pero que Él no la ha visto tranquiliza el corazón de la manera más bendita. Es la gracia de Dios la que borra el pecado, a través de la preciosa sangre de Jesús. Él se complace en hacerlo; sí, es Su gloria: «Has echado tras tus espaldas todos mis pecados». Esto, amado lector cristiano, debería desterrar todo temor de tu corazón. Dios no está mirando tu pecado, sino la sangre del Cordero, y en ella ve el exquisito fruto de su propio amor y triunfa en él. Ahora bien, si Dios no está mirando tu pecado, ¿por qué sigues obsesionándote con él? Si Él triunfa misericordiosamente en el fruto de su amor, ¿por qué no triunfas tú también en él? La fuente de tu comunión es mantener tu mirada fija en el mismo objeto que Dios está mirando. Ahora bien, si Dios está mirando a Cristo y tú estás mirando tus pecados, necesariamente no

puede haber comunión. «¿Pueden dos andar juntos si no están de acuerdo?». Dios dice, en virtud de la sangre de Cristo: «No me acordaré más de tus pecados y de tus iniquidades». ¿Los estás trayendo a la memoria? ¡Cuántos se preocupan ansiosamente por la cuestión de la paz personal, que en realidad se encuentra en el umbral mismo del camino cristiano! Este estado doloroso del alma puede deberse a diversas causas. Puede deberse a una visión imperfecta o confusa del evangelio, a no ver la plenitud de Cristo y el carácter absolutamente definitivo del perdón de los pecados.

Pero hay otra causa, mucho más grave y seria, a saber, una vida descuidada y poco consciente; y los casos de este tipo melancólico a menudo llegan a un extremo, incluso a la desesperación real. Estos casos enseñan la importancia de buscar una vida cercana y fiel a Dios. «Él guardará los pies de sus santos», pero se les exhorta a «guardar sus corazones con toda diligencia». El Espíritu revela a Cristo y, si no se entristece por el pecado y la mundanalidad, edificará el alma en su plenitud y la establecerá en la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. Pero, ¡ay!, cuando se manipula la conciencia, cuando pecamos contra la luz, cuando caminamos con un espíritu indolente y autoindulgente, cuando dejamos que el mundo entre en nuestro corazón, entonces los ojos se nublan y el entendimiento se oscurece; la debilidad y el languor sustituyen a la energía y el vigor; y a menos que el alma se derrumbe por completo bajo el peso de su engaño y sea restaurada por la gracia de Dios, es muy probable que Satanás la enrede en las destructivas redes de la carnalidad y la mundanalidad; o, tal vez, la empuje casi hasta la temible región de la infidelidad. Si este escrito cayera en manos de alguien que sufre de esta manera, permítanme rogarle que se detenga de inmediato y, tras haber determinado, mediante un juicio honesto de sí mismo, la causa real de su estado de abatimiento y pesadumbre, lo lleve ante la presencia de su Padre celestial y, de este modo, confiese, juzgue y elimine su maldad. «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad».

No hay razón para que el creyente continúe en un estado de ánimo deprimido o empobrecido, a menos que esté deliberadamente jugando con su conciencia y entristeciendo al Espíritu de Dios. Es su privilegio tener a Cristo, en toda su plenitud divina, entre su alma y todo lo demás, sin importar lo que sea: pecados, enfermedades, circunstancias; y cuando la mirada está fija y llena de Cristo, nada puede interferir con su paz. Pero la causa secreta de la baja condición de tantos del querido pueblo de Dios es que han dejado escapar a Cristo y han permitido que otras cosas entren y ocupen sus corazones. Él ha sido desplazado; han perdido la frescura del sentido de lo que Él es y, por lo tanto, se han hundido en una

condición fría y formal. Además, los afectos, al sentir la falta de un objeto definido alrededor del cual entrelazarse, han salido tras el mundo. Nada mantiene el corazón tan libre y en paz como tener los ojos fijos en Cristo. Puede que haya muchas cosas que pongan a prueba y depriman el corazón; sin embargo, hay paz. «En el mundo tendréis aflicción, pero en mí tendréis paz». El Señor Jesús no nos promete que estaremos exentos de tribulaciones; no, pero nos promete paz en la tribulación, y esto es mucho más misericordioso. Él vino en medio de sus discípulos pobres y aterrorizados, y les dijo: «La paz sea con vosotros». No los sacó de sus circunstancias, sino que les dio paz en ellas. Esto es divino. El creyente, al igual que el israelita, debe sentarse dentro, en la bendita firmeza de la fe, alimentándose de Cristo, sabiendo que la sangre rociada está entre él y todo lo que hay fuera. Lo peor que podía pasar era la muerte y el juicio; pero estos ya se habían ejecutado, y la sangre en el dintel era testigo de ello. Era imposible que nada pudiera dañar a aquellos que se habían refugiado bajo la sangre del cordero.

Sin embargo, hay que señalar que la paz de conciencia y la paz del corazón son cosas distintas. Muchos tienen la primera y no disfrutan de la segunda. El reposo tranquilo del corazón en Cristo es un fruto precioso de la simple comunión con Él. Pone fin a toda esa inquietud que consume la vida espiritual. Para el corazón en reposo, plenamente en reposo en Jesús, las circunstancias son de poca importancia. «No temerá las malas noticias, su corazón está firme, confiando en el Señor». Es una deshonra para el Señor ver a su pueblo ceder a las preocupaciones y ansiedades por las cosas presentes; y, además, adoptar los planes y disposiciones habituales entre los hijos de este mundo. Los hombres dicen, o al menos tienen abundantes razones para decir, que no hay diferencia entre los cristianos y otras personas, ya que todos persiguen los mismos objetivos y los persiguen de la misma manera. Cuando la suficiencia de Dios llena el alma, los planes y los arreglos son poco importantes. Es realmente maravilloso percibir con qué facilidad el alma pierde el sentido práctico de la presencia y la suficiencia de Dios. No es que uno deje de ser cristiano; eso no es en absoluto lo que está en cuestión; pero, ¡ay!, ¡cuántos cristianos hay que no caminan habitualmente con Dios! Y, sin embargo, el secreto de la verdadera victoria sobre la naturaleza y el mundo es caminar con Dios. La naturaleza se mantiene a raya y el mundo queda excluido; pero cuando el alma se aleja de su bendito centro en Dios, todo se convierte en una dificultad.

Ahora veremos un poco las circunstancias que acompañaron la Pascua. La sangre en el dintel, como hemos visto, constituía la base simple de la seguridad de los israelitas. Era un hecho consumado, con el que no tenían nada que ver salvo confiar en su eficacia. Pero había otros puntos de profundo interés y

momento solemne en los que la mente espiritual puede entrar con mucho provecho.

En primer lugar, el cordero se comía «asado al fuego». Ningún otro proceso habría podido expresar el principio significativo con el mismo énfasis. La acción del fuego sobre el cuerpo del cordero expresaba, con toda la fuerza que podía hacerlo un símbolo, la intensidad de los sufrimientos de Cristo cuando expuso su bendita persona a la plena acción de la justa ira de Jehová contra el pecado. Ahora bien, una cosa era descansar en la seguridad de la sangre derramada y otra cosa era comer del «cordero asado al fuego». Por eso el apóstol dice: «para conocerle, y el poder de su resurrección, y la comunión de sus padecimientos». Aquí estaba el deseo de alguien que ya había descansado en la sangre rociada. La comunión de los sufrimientos de Cristo es poco conocida incluso por aquellos que descansan en la preciosa eficacia de la sangre de Cristo; si se comprendiera más profundamente, habría mucha más profundidad en la experiencia y poder en la acción cristiana de lo que hay ahora. Estamos demasiado dispuestos a contentarnos con conocer el valor de la sangre, sin alimentarnos del Cordero, y así perdemos mucho de lo que realmente es nuestro privilegio en el camino de la comunión personal con Jesús. La sangre nos introduce en una posición en la que podemos morar con un gozo cada vez más profundo en la excelencia intrínseca de la Persona de Cristo. No se trata solo de la obra que se ha hecho, sino de Aquel que la ha hecho. Lo primero es propiamente el objeto para el pecador, lo segundo para el santo; y cuanto más capaz sea el santo de entrar en lo que Cristo es, más perfecto será su reposo en Su obra.

Una vez más, el cordero se comía con pan sin levadura. Esto marcaba el poder de la santidad, como resultado práctico de esa cercanía a Dios en la que la sangre había introducido al alma. Pero, querido lector, observe que esta santidad es el resultado de la obra de Cristo aplicada al alma por el poder del Espíritu Santo, y no constituye en modo alguno la base de nuestra paz en la presencia de Dios. Esto debe entenderse claramente, pues el hecho es que esta distinción constituye la gran diferencia entre el verdadero cristianismo y todos los falsos sistemas religiosos de la actualidad. El verdadero cristianismo pone a Cristo como el objeto prominente ante el alma y, además, muestra que todo fruto real para Dios debe fluir del conocimiento de nuestra plenitud en Él; la religión falsa, por otro lado, pone a Cristo en segundo plano, lo aleja y enseña al pecador que debe abrirse camino hacia arriba en virtud de su propia santidad imaginaria. ¡Terrible engaño! ¡Oh, por una visión más simple, más clara y más completa de Jesús!

Por último, el cordero se comía con hierbas amargas. Esto expresa la experiencia del creyente, bajo la enseñanza del Espíritu, de la amargura de lo

que habita en él, que, aunque ha sido plenamente satisfecha en la cruz, debe ser reconocida siempre como lo que llevó al Hijo de Dios al horrible abismo y al lodo cenagoso. Solo en la cruz se puede ver la verdadera atrocidad del pecado; y aunque allí se ve a la luz de lo que lo elimina para siempre, el corazón se juzga a sí mismo y se humilla, incluso mientras descansa en una redención consumada.

Permítanme decir, para concluir, que el pensamiento más elevado de todos es tener al mismo Cristo ante el alma. No basta con tener meros pensamientos sobre su obra, pensamientos sobre lo que ha hecho por nosotros. Hay mucho egoísmo en todo esto. Debemos sentirnos atraídos por Jesús por lo que es; y esto, lejos de restar valor a su obra, profundizará nuestro sentido de ella cada día.

Soy del Señor

**¡Soy del Señor! ¡Palabras tan sublimes!
Dulce respuesta a su divino amor.
“No temas, porque Yo te he redimido
Mío eres tú” me ha dicho el Salvador**

**¡Soy del Señor! Silencia toda queja
Y da descanso al afligido ser.
Rendido a Ti, oh Padre, tu hijo acepta:
“Es lo mejor tu voluntad hacer”.**

**¡Soy del Señor! Cantamos con aprecio,
Con voz de triunfo y de gratitud.
Asidos de esta roca incommovible
Gozamos de su paz la plenitud.**

**¡Soy del Señor! ¡Oh cuánto significa!
Sí, ¡cuánto amor, lealtad, servicio fiel!
La rendición total a sus deseos,
Y mi obediencia sin reserva a Él.**

**¡Soy del Señor! Mi espíritu, alma y cuerpo
Tienen el sello de su propiedad.
Así también por gracia infinita
Mi Amado es mío por la eternidad.**